



LA HEREJÍA DE HORUS

# EL ASEDIO DE DELIVERANCE

Gav Thorpe

timun**mas**

PRIMERA PARTE

# Los ecos de István

## UNO

### RECUERDOS DE GRANDEZA / REUNIÓN DE HERMANOS / EL NUEVO MANDO DE BRANNE

La última vez que estuvo en el sistema Isstvan la partida había sido muy diferente. Ochocientos estandartes chasqueaban y ondeaban bajo el fuerte viento mostrando los emblemas de cada compañía de la legión con colores dorados, blancos y plateados sobre el fondo negro. Las alas y las garras de diferentes diseños flameaban entre las imágenes de espadas y escudos. El brezo de color púrpura y verde oscuro había quedado aplastado bajo las botas de las armaduras. Grandes zonas de líquenes azules habían permanecido arrasadas por las incontables pisadas hasta dejar a la vista la tierra oscura y la roca pálida que había debajo.

Organizados en una serie de filas inmóviles, los legionarios de la Guardia del Cuervo llenaban la superficie del valle Redarth. Los Stormbird, las Thunderhawk y las demás naves de asalto estaban posadas en las alturas que las rodeaban, con las siluetas recortadas contra un cielo casi nocturno de tonos azules y púrpura. De un extremo al otro del horizonte se extendían nubes rasgadas de color violeta, igual que si las hubieran arrastrado los dedos de la mano de alguna deidad. El cielo sobre el ejército estaba dibujado por las estelas de vapor de los cazas de patrulla, y los puntos de luz que se movían en la bóveda oscura indicaban la presencia de naves en la órbita baja. Parecían meteoritos que avanzaran con lentitud para observar con cuidado lo que ocurría bajo ellos.

En la entrada del valle, situada al norte, esperaban los aliados de la Guardia del Cuervo. Con sus colores rojo y dorado, la Cohorte Therion se encontraba al completo con sus tanques y vehículos de transporte desplegados bajo las columnas de penumbra y sombras de las inmensas

máquinas de guerra de las legiones de titanes Legio Victorum y Legio Adamantus.

En la vanguardia se encontraba un destacamento de quinientos guerreros. La mayoría llevaba una armadura de caparazón de color negro brillante con la capucha bajada, lo que dejaba a la vista las cabezas con el pelo cortado a cepillo y las caras tatuadas con trazos en espiral. Las lentes de precisión de los soldados relucían bajo la luz de la puesta de sol, con las alabardas-rifle alzadas en gesto de saludo. Delante de este destacamento estaba la guardia de élite, con armaduras plateadas, y rodeando a un grupo de dignatarios civiles vestidos con túnicas lujosas y abrigos con rebordes dorados y grandes charreteras.

A la señal de uno de aquellos ancianos, los soldados y los jefes se arrodillaron sobre una pierna e inclinaron la cabeza en señal de respeto hacia el gigante que surgió caminando con lentitud de las filas de la Guardia del Cuervo. El hombre que se acercaba a la delegación de Isstvan era mucho más que un hombre. Era un primarca. Lord Corax, comandante de la Guardia del Cuervo, se alzaba por encima incluso de sus guerreros sobrehumanos. Su armadura era tan negra como la noche, cubierta de filigranas grabadas que dibujaban torres, cuervos y espirales intrincadas. Llevaba la cabeza al descubierto, lo que dejaba a la vista su tez pálida y el cabello negro y lacio que caía sobre la gorguera de la ornamentada placa pectoral. En la espalda del primarca se veía una mochila de vuelo con alas negras. Las plumas metálicas silbaban con un tono agudo bajo la brisa mientras caminaba. Los ojos oscuros contemplaron a la solemne delegación con una expresión de orgullo.

Con las manos envueltas por los guanteletes con las cuchillas de energía, Corax les indicó a los delegados de Isstvan que se pusieran en pie

—Os arrodilláis como si fuerais un enemigo derrotado. Poneos en pie como hombres del Imperio —declaró el primarca. Su voz resonó con facilidad por encima del viento que le arremolinaba el cabello alrededor de la delgada cara—. Hemos combatido los unos contra los otros, pero la Verdad Imperial se ha impuesto y habéis jurado aceptar sus enseñanzas. Al someteros a los deseos del Emperador habéis demostrado ser individuos sabios y civilizados, unos conciudadanos más que adecuados para los numerosos mundos que forman parte del Imperio de la Humanidad. Lo hacéis no como un pueblo conquistado, no como un pueblo subyugado, sino como ciudadanos libres que han demostrado su coraje y su orgullo al defender sus valores, pero que han visto la luz de la Verdad Imperial y ahora dan la bienvenida a los beneficios que traerá consigo.

Corax se volvió hacia su legión y su voz aumentó de volumen hasta resonar en los extremos más alejados del valle sin apenas esfuerzo.

—Hemos luchado mucho y hemos luchado con valentía, y otro mundo ha sido salvado de la oscuridad que supone la superstición y la división para ser llevado a la luz de la claridad y la unidad del Emperador —arengó a sus guerreros—. ¡Con honor hacia los caídos y respeto a los que se encuentran aquí, proclamo el sistema Isstvan incorporado al Imperio!

Un rugido de aprobación ensordecedor surgió de los vocalizadores de los ochenta mil guerreros con armadura, al que se unieron los vítores procedentes de los centenares de miles de gargantas de los guerreros de Therion, un clamor que quedó ahogado por el tronar de celebración de las sirenas de los titanes.

Casi quince años más tarde, Corax regresó con sus hermanos primarcas para acabar con la rebelión de Horus, pero sus supuestos aliados mostraron su verdadera lealtad en la zona de desembarco. Los nuevos traidores habían atacado a los Manos de Hierro, a los Salamandras y a la Guardia del Cuervo de Corax y eliminado prácticamente a todas las fuerzas leales al Emperador que habían desembarcado en el planeta.

Corax consiguió sobrevivir a aquella emboscada traicionera, aunque lo hizo por poco. El primarca había atacado y luego se había retirado con los restos de su legión, perseguido por las montañas y las colinas agrestes de medio planeta por media docena de legiones. La Guardia del Cuervo se había visto obligada finalmente a detenerse y plantar cara, obligada a salir a terreno abierto para hacer frente a la furia de sus perseguidores.

La primera batalla que la Guardia del Cuervo había librado en Isstvan se había saldado con una gran victoria. Esta última iba a ser una derrota humillante. Era un sonido muy diferente el que resonaba como sinfonía de trasfondo para rematar la última campaña de Corax en el sistema Isstvan.

Los primeros misiles de los Whirlwind de los Devoradores de Mundos ya cruzaban el aire hacia la Guardia del Cuervo. Los legionarios de Corax se negaron a ponerse a cubierto, orgullosos de mantener la posición frente al enemigo después de tantos días de ataques relámpago para luego huir, de tanta retirada llena de desesperación. Las explosiones sacudieron a las escuadras y mataron a docenas de legionarios. Corax se quedó en mitad de todo aquello, como si se tratara del ojo de un huracán. Sus oficiales lo miraron, y recuperaron fuerzas al verlo desafiar con tanta valentía a los Devoradores de Mundos.

Atrapada en la ladera azotada por los vientos, su legión se mantuvo firme. Al otro lado de los picos se extendía una inmensa llanura de sal, lo que los había obligado a detenerse para desplegar aquella última batalla defensiva. Delante de ellos se encontraba todo el poder de los Devoradores de Mundos, la legión impelida por la rabia de Angron. Éste en persona avanzaba en cabeza, rugiendo en su ansia por la sangre de su hermano primarca. Un mar de color azul salpicado de rojo subía desde el valle concentrado en la destrucción de la Guardia del Cuervo. Enloquecidos por los implantes neurales y llevados hasta un frenesí de combate producido por la inhumana combinación de estimulantes, los guerreros fanáticos de los Devoradores de Mundos subieron a grandes zancadas por la ladera mientras los tanques y los cañones les proporcionaban fuego de cobertura. Todos y cada uno de los guerreros aullaban su impaciencia por cumplir los juramentos de sangre que le habían hecho a su primarca.

Las explosiones sacudían las laderas y los misiles de los Whirlwind machacaban a los legionarios y las rocas con enormes surtidores de fuego. Corax miró hacia arriba y vio nuevas estelas de vapor cruzar el cielo abierto, pero había algo raro en la dirección que seguían.

Llegaban procedentes de la retaguardia de la Guardia del Cuervo.

Corax vio como las naves de alas anchas se despegaron de las nubes y bajaban en picado con las cápsulas tubulares de misiles escupiendo fuego. Una oleada de explosiones sacudió a los Devoradores de Mundos y destruyó a las compañías que avanzaban en vanguardia. Los proyectiles incendiarios estallaron en mitad del ejército que se acercaba y esparcieron chorros de promethium al rojo blanco sobre la empinada ladera. Corax siguió mirando con expresión incrédula los rayos de plasma abrasadores provenientes de la órbita que estaban abriendo unos enormes huecos en la legión del primarca Angron.

El rugido de los cohetes se volvió ensordecedor cuando las naves descendieron sobre columnas de fuego. Eran naves de transporte de color negro con el símbolo de la Guardia del Cuervo. Los legionarios se dispersaron para proporcionar a las naves espacio donde aterrizar. En cuanto las gruesas patas tocaron el suelo, las rampas descendieron con un zumbido y las compuertas de entrada se abrieron.

Al principio, los guerreros de la Guardia del Cuervo se quedaron sumidos en una cierta incredulidad. Unos cuantos lanzaron gritos de advertencia, convencidos de que, en realidad, las naves de transporte eran enemigas y que estaban pintadas así para engañarlos. El comunicador crepitó en el oído de Corax, que no reconoció la voz.

—¡Lord Corax!

—Transmisión recibida —contestó con cautela y con la mirada fija en los Devoradores de Mundos, que ya se estaban recuperando de los efectos del ataque sorpresa y se disponían a avanzar de nuevo.

—Al habla el prefecto Valerius del Ejército Imperial, a las órdenes del comandante Branne, mi señor. —La voz sonaba algo aguda, cargada de tensión, como los jadeos de un hombre que se ahogara—. Disponemos de una ventana de evacuación muy corta, suban a bordo en cuanto puedan.

Corax tuvo que esforzarse para comprender lo que le estaba diciendo aquel hombre. Se fijó en un detalle: el comandante Branne. El capitán de la Guardia del Cuervo había quedado al mando del planeta natal de la legión, Deliverance, y Corax no se imaginaba cuál podía ser el motivo para que Branne estuviera en Isstvan. El primarca asimiló con rapidez aquel nuevo elemento de la batalla y se dio cuenta de que los legionarios que había dejado como guarnición en el planeta se encontraban en esos momentos allí, preparados para evacuar a los supervivientes de la matanza.

Corax le hizo una señal a Agapito, uno de sus comandantes.

—Organiza el embarque. Que todo el mundo suba a bordo y se dirija hacia la órbita.

El comandante asintió y se dio media vuelta gritando las órdenes pertinentes a través del comunicador para organizar la retirada de la Guardia del Cuervo. Los legionarios obedecieron con una rapidez fruto de la práctica y las naves de transporte levantaron nubes de polvo y de humo al despegar en cuanto quedaron llenas en dirección a la nave o las naves que las habían enviado. Corax contempló cómo se alejaban mientras una nueva andanada de proyectiles caía otra vez en las posiciones de la Guardia del Cuervo. La onda expansiva de una explosión a su izquierda hizo que se tambalara.

Corax no hizo caso a la explosión y miró fijamente ladera abajo, por donde se acercaban los Devoradores de Mundos encabezados por su comandante. El primarca de la Guardia del Cuervo ya se había resignado a morir a manos de su hermano enloquecido. Sería un final adecuado caer bajo las hachas de Angron, y siempre existía la posibilidad, una ínfima posibilidad, de que Corax matara al primarca de los Devoradores de Mundos y de ese modo librara a la galaxia de su pérfida existencia.

Un instante después, el comandante Aloni apareció a su lado. Al igual que el resto de los legionarios de la Guardia del Cuervo, su armadura estaba mellada y agrietada, una mezcla de placas y piezas tomadas de enemigos muertos. En algún momento había perdido el casco, y no ha-

bía encontrado otro adecuado para sustituirlo. El rostro curtido y arrugado del comandante mostraba una expresión que era una mezcla de asombro y de preocupación.

—¡El último transporte, mi señor!

Corax logró apartar la mirada de Angron y vio un Stormbird con la rampa de asalto abierta a pocos metros de ellos. El primarca de la Guardia del Cuervo inspiró profundamente mientras se recordaba a sí mismo los preceptos que les había enseñado a sus guerreros, unos preceptos bajo los que se había regido toda su vida.

«Ataca, retrocede, y ataca de nuevo.»

Aquello era algo más que una simple retirada táctica. Aquello era una rendición. A Corax le reconcomía marcharse de Isstvan con semejante vergüenza. Miró a la nave de transporte, y luego de nuevo a los Devoradores de Mundos. Ya sólo estaban a unos doscientos metros de ellos. Más de setenta y cinco mil guerreros de su legión habían caído asesinados por los traidores, y muchos de ellos por los legionarios enloquecidos que corrían hacia él. Era una deshonra abandonar a los caídos, pero era un orgullo sin sentido creer que podría vengar él solo todas las traiciones que habían sufrido allí.

«Ataca, retrocede, y ataca de nuevo.»

Corax se tragó la rabia con esfuerzo y siguió a Aloni por la rampa. Las botas resonaron contra el metal. Miró hacia el ejército de los Devoradores de Mundos mientras la rampa se cerraba. Sus enemigos lanzaban aullidos de frustración al ver que la presa se les escapaba.

—Hemos sobrevivido, mi señor. —El tono de voz de Aloni indicaba su absoluta incredulidad al respecto—. ¡Noventa y ocho días!

Corax no sintió deseo alguno de celebrarlo. Miró a Aloni y a los demás legionarios que había sentados a lo largo de los bancos del interior del compartimento de transporte.

—Vine a Isstvan con ochenta mil guerreros —les recordó el primarca—. Me marchó con menos de tres mil.

Sus palabras apagaron el ánimo jubiloso de todos, y un silencio sombrío substituyó a esa sensación de alivio. Lo único que se oía era el rugido de la nave de transporte. Corax se colocó de pie al lado de una portilla de observación, con el suelo retumbando a sus pies, y contempló como se alejaban las colinas de Urgall mientras recordaba a los miles de guerreros que lo habían seguido hasta allí y a los que ahora dejaba atrás.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Agapito.

—Haremos lo que siempre hemos hecho. —La voz de Corax recupe-



ró fuerzas mientras hablaba. Sus palabras lo tranquilizaron tanto a él como a sus guerreros—. Nos replegaremos, recuperaremos fuerzas y atacaremos de nuevo. Ésta no será la última vez que los traidores se enfrentarán a la Guardia del Cuervo. Esto ha sido una derrota, no el final. Volveremos.

La nube le ocultó el planeta cubriéndolo con una capa de blancura, y ya no volvió a pensar en los muertos.

Corax fue incapaz de soportar las expresiones desoladas de sus guerreros y salió del compartimento para tener un breve momento de retiro en el pasillo ligeramente inclinado que subía hasta la cabina de mando. Se quedó a solas y tuvo tiempo de pensar en lo que había ocurrido.

Había mirado cara a cara a la muerte dos veces a lo largo de los últimos cien días, y las dos veces había sobrevivido. No había sido simplemente un azar del combate; eso formaba parte de la vida de cualquier legionario o primarca. Había estado a escasos momentos de la muerte de un modo que jamás había experimentado con anterioridad.

Se inclinó hacia adelante para no golpearse la cabeza con el techo del pasillo y se puso de espaldas a la pared para recostarse al tiempo que apoyaba las piernas contra el lado opuesto. Se quitó el casco y se quedó mirando con expresión ausente la dañada rejilla de la placa facial antes de dejar caer el casco al suelo cuando sus dedos cansados lo soltaron. Vio los melladuras y las grietas de las placas de la armadura, con los grabados acribillados por los disparos de bólter y las delicadas filigranas desaparecidas por los impactos de láser y las explosiones de misiles. Debajo del plásticero y el metal notaba el dolor de las heridas. Le llegó el olor de su propia sangre, coagulada en una docena de heridas graves.

El agudo sentido del oído del primarca le permitió captar las conversaciones que sonaban de trasfondo en el receptor de la red de comunicaciones del casco que había dejado caer. La parte subconsciente de su cerebro absorbió el flujo de información mientras sus pensamientos conscientes vagaban a la deriva. Todavía no habían dejado atrás el peligro. Sabía que debería ponerse en contacto con Branne y aclarar los diferentes aspectos de la situación, pero se sentía incapaz de hacerlo todavía. Dedujo por los mensajes que había una barcaza de combate de los Devoradores de Mundos en las cercanías. Escuchó durante unos cuantos segundos más mientras la unidad de comunicación continuaba transmitiendo el rumbo y la posición de los traidores. Descubrió que la nave de los Devoradores de Mundos había abandonado el vector de ataque que había segui-

do hasta hacía poco y se retiraba con lentitud de la flotilla de la Guardia del Cuervo. El primarca desdeñó la amenaza al considerarla mínima mientras los acontecimientos más recientes le ocupaban casi por completo la mente.

El peligro había sido su compañero desde que podía recordar, y la guerra había sido su vocación. Jamás había tenido miedo a morir, e incluso cuando se había enfrentado a los peores enemigos del Emperador, en todos los combates lo había hecho con la certidumbre de la supervivencia y de la victoria. Los noventa y ocho días anteriores habían hecho desaparecer esa autoconfianza. Casi cien días de estar a sólo un paso por delante de sus perseguidores. Casi cien días de caza por parte de sus hermanos primarcas. Noventa y ocho días en continuo movimiento, de ataques y repliegues, de contraataques y de retiradas.

Se estremeció al recordar el comienzo de toda aquella prueba de resistencia, cuando los traidores habían revelado sus verdaderas intenciones y Corax había estado a punto de morir a manos de Konrad Curze, el hermano al que le encantaba que lo llamaran el Acechante Nocturno. Corax sabía que se encontraba entre los mejores guerreros de los que disponía el Emperador, y jamás había considerado que Curze estuviera a su altura. Su hermano era un individuo poco disciplinado, capaz de tener destellos esporádicos de genialidad, pero también con una gran tendencia a sufrir momentos de ceguera emocional, ocasiones que un guerrero como Corax podría aprovechar con un resultado mortífero. Sin embargo, había sentido algo en el Acechante Nocturno que había inquietado profundamente al primarca de la Guardia del Cuervo, un aura que se adentró en el espíritu de Corax y encontró una debilidad. El odio de Curze lo había sorprendido enormemente, y eso se había sumado a la devastación que sentía en su fuero interno ante la traición de Horus y de muchos de sus hermanos primarcas. Sin embargo, no era excusa para huir de Curze.

Miedo. Había sentido un momento de miedo cuando se había enfrentado a su hermano enloquecido, y en la tranquilidad del pasillo comprendió cuál había sido la causa de ese momento de miedo al mirar en los ojos muertos del Acechante Nocturno.

Ambos estaban creados a partir de la misma materia. Tanto Corax como Curze eran criaturas nacidas y criadas en las sombras y el miedo.

Curze había vivido en las calles y callejones envueltos por la oscuridad de la ciudad de Nostramo Quintus; Corax había pasado su infancia en los túneles y criptas de la luna-prisión Lycaeus. Tanto Curze como Corax habían visto sus planetas sometidos a la voluntad de individuos mal-

vados, donde los débiles y los indigentes habían trabajado hasta morir por el poder y la satisfacción de otros.

En ese momento, sometido por completo a la burla despectiva del Acechante Nocturno, Corax se dio cuenta de lo cerca que quizá había estado de convertirse en esa misma criatura que estaba intentando matarlo. Sus vidas eran las dos caras de la misma moneda: a Corax lo habían acogido personas con conocimientos de política y del alma humana, y le habían mostrado compasión y apoyo; Curze no había recibido esa educación y se había convertido en una figura de venganza y terror.

Mirar a Curze había obligado a Corax a verse a sí mismo cómo quizá habría acabado si no hubiera dispuesto de la influencia civilizadora de otros y del código y los principios que sus mentores le habían inculcado. En ese momento no había sido el miedo a Curze lo que había afectado a Corax, sino el miedo a sí mismo, y para su vergüenza, había huido en vez de destruir al objeto de ese miedo.

Corax, a solas en aquel pasillo de la nave, que no dejaba de rugir y de estremecerse, se despreció a sí mismo por aquel momento de cobardía. Debería haberse quedado para luchar, debería haber matado al Acechante Nocturno e inmediatamente después al patético Lorgar, de los Portadores de la Palabra, con lo que habría privado a los traidores de dos de sus comandantes, aunque eso quizá le habría costado la vida. Probablemente por esa razón había estado tan dispuesto a morir a manos de Angron, de sacrificarse al primarca de los Devoradores de Mundos para absolverse de la vergüenza de su anterior debilidad.

La compuerta de la cabina de mando se abrió con un siseo y Corax se irguió de inmediato todo lo que pudo para recuperar el aplomo propio del primarca de la Guardia del Cuervo, del Señor de Deliverance y del comandante de una de las legiones astartes. El copiloto se sobresaltó al ver que Corax se encontraba justo al otro lado de la puerta, y su rostro quedó convertido en una máscara de sorpresa.

Corax sonrió para tranquilizar al joven.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el primarca.

—Lo siento, mi señor, pero no contestabais a vuestro comunicador. Tenemos al comandante Branne por el canal principal.

—Muy bien —contestó Corax con un gesto de asentimiento para darle ánimos—. Hablaré con él dentro de un momento.

El copiloto se metió de nuevo en la cabina de mando y Corax miró por encima de su hombro, a través del panel principal de la carlinga. La barcaza de combate del comandante Branne, que tenían delante de ellos,

no paraba de aumentar de tamaño. Era una silueta negra que ocultaba una gran parte de las estrellas. Se trataba de la *Vengadora*, que Corax había visto por última vez en la órbita de Deliverance y que ahora estaba en Isstvan contra toda esperanza. Una visión que levantaba el ánimo a todos. Las torretas de los cañones de bombardeo que sobresalían a lo largo del espinazo dorsal de la nave apuntaban hacia el mundo que flotaba bajo ellos. También las baterías de armas, una cubierta tras otra de enormes lanzamisiles y cañones que parecían los colmillos al descubierto de un perro de caza. La nave de desembarco viró poco a poco, lo que dejó a la vista el símbolo de la Guardia del Cuervo que estaba pintado en la proa picuda de la barcaza de combate mientras el piloto cambiaba el rumbo hacia las luces parpadeantes de los hangares de aterrizaje.

Más allá se veían unos destellos de luz que eran más brillantes que las estrellas: los chorros de los motores de plasma de más naves. Los puntos de luz de las naves de transporte y las lanzaderas convergieron sobre las naves de color negro a medida que acababa la evacuación. La flotilla ya se estaba apartando del planeta para lanzarse a toda velocidad hacia el vacío con los legionarios rescatados.

Corax sonrió de nuevo, esta vez de alivio. No comprendía cómo había acabado Branne allí, pero se sentía agradecido por ello. La absolución mortífera a manos de Angron habría sido un final justo, pero tras pensárselo bien, Corax se alegró de sobrevivir para luchar otro día.

Branne estaba pie en la plataforma de acoplamiento vigilando cómo aterrizaran las naves de desembarco. La primera ya estaba desembarcando a sus ocupantes. Con pasos cansados, los supervivientes de la Guardia del Cuervo desfilaron por las rampas hacia la cubierta.

Tenían muy mal aspecto. La mayoría mostraba señales de heridas. Sus armaduras eran un mosaico de colores. El plateado de la hombrera de un guerrero de hierro por aquí, el gris de la coraza pectoral de un portador de la palabra por allí. Sus armaduras estaban resquebrajadas y rotas, ensangrentadas y manchadas, y cada rostro al que Branne miraba tenía grabada la fatiga en él. Con la mirada perdida, los últimos supervivientes de la masacre de la zona de desembarco caminaron con dificultad por el muelle de carga, donde fueron recibidos con sonrisas y ánimos por parte de los guerreros de Branne.

Los siervos se les acercaron con comida y bebida servidas en sencillas bandejas de metal. Los legionarios de mirada perdida bebieron y tragaraon sin ceremonia alguna para que recuperaran energía aquellos cuerpos

sobrehumanos llevados al límite por la larga guerra de guerrillas. Les quitaron las hombreras y las armas para repararlas mientras los apotecarios, los tecnomarines y sus ayudantes se encargaban de atender las reparaciones y las heridas más urgentes.

Aunque los acontecimientos que habían provocado el regreso de los supervivientes eran especiales hasta ser únicos, la doctrina de la legión seguía siendo la misma. Una batalla se perdiera o se ganara, era el pasado, y la siguiente no tardaría en llegar. Un guerrero que no está preparado para combatir no es un guerrero, en realidad. Aunque estaban agotados, sin munición para las armas y con las armaduras estropeadas y el ánimo tenso hasta casi el punto de la ruptura, la Guardia del Cuervo se encontraba en una zona de combate, por lo que tomaron nuevas armas y cargadores de munición y dejaron que los tecnomarines y los apotecarios se ocuparan de todo lo que fuera necesario para que estuvieran de nuevo en condiciones de combatir.

Unos servidores mitad máquina mitad humano traquetearon entre silbidos a través del gentío creciente trasladando cajas de municiones, de granadas y de piezas de repuesto para las servoarmaduras de los legionarios. Otros servidores, unas criaturas enormes con grúas en vez de brazos y orugas en vez de piernas, se dirigieron retumbantes hacia las naves de desembarco y se dedicaron a recargar las bombas y los misiles que transportaban en las guías colocadas a lo largo de sus espinas dorsales metálicas.

Cuando aterrizó la última de las lanzaderas, Branne se acercó a ella mientras bajaba la rampa de acceso. El primer legionario en salir tenía un aspecto estrafalario. Su armadura era un revoltijo de colores y de cerámica sin lacar. De la armadura original tan sólo quedaba una hombrera con la insignia de la legión. Se quitó el casco y lo dejó caer al suelo.

—¡Agapito! —sonrió Branne. Le dio una palmada a su hermano en el pecho—. Sabía que estabas vivo. Eres demasiado testarudo para permitir que algo así te mate.

Branne miró de cerca a su hermano, sorprendido por su aspecto extravagante. Una nueva cicatriz le recorría la mejilla derecha hasta llegar a la garganta, pero, aparte de eso, era la misma cara que Branne había conocido toda la vida. Agapito devolvió la sonrisa con cansancio. Sus ojos, de un marrón profundo, contemplaron a Branne afectuosamente. Alargó una mano por detrás de su cabeza y lo atrajo hacia sí. Las dos frentes se tocaron en señal de respeto y camaradería.

—Veo que no has sido capaz de mantenerte alejado de los problemas, Branne.

El comandante se distanció un poco de Agapito para ver cómo Corax descendía por la rampa. El primarca se alzaba imponente por encima de sus legionarios con la armadura negra tan desgastada y magullada como las de aquellos bajo su mando.

—Estuve siguiendo tus transmisiones —dijo Corax—. ¿Por qué el enemigo abortó su ataque?

—No tengo la menor idea, lord Corax —le respondió Branne—. Puede que se lo pensasen mejor al tener que enfrentarse a tres naves a la vez.

—¿Dónde están ahora? —preguntó el primarca.

—Se han retirado a unos cien mil kilómetros —apuntó Branne—. No parece que tengan intenciones de atacar de nuevo.

—Qué extraño —comentó Corax. Agitó la cabeza como si descartase una idea—. Ordena a las demás naves que pongan rumbo a Deliverance.

—Sí, lord Corax —respondió Branne al mismo tiempo que se daba con el puño en el pecho—. ¿Y nosotros hacia dónde nos dirigimos?

—A Terra —le respondió el primarca—. Debo tener una audiencia con el Emperador.

Branne y Agapito intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada mientras Corax salía del hangar de aterrizaje. Branne miró de nuevo a Agapito y vio una expresión extraña en sus ojos. Caminaron juntos por la cubierta fijándose en todos los detalles, pero sin detenerse en ningún lugar concreto.

—Tranquilízate, hermano —le dijo Branne mientras le daba una palmada en el brazo—. Aquí no hay enemigos. Estás a salvo.

Agapito posó su mirada perdida en Branne y asintió con un gesto afirmativo pero también lleno de duda. Luego, su confusión y la inquietud desaparecieron y le sonrió a la vez que lo agarraba de un brazo.

—Sí, es cierto —contestó Agapito—. Creí que nunca volvería a ver el interior de una nave de la Guardia del Cuervo.

Una sirena de alarma sonó tres veces, y su aullido penetrante interrumpió los pensamientos de Branne.

—Estrategium a comandante Branne —anunció una voz por el sistema de comunicación general—. Alerta de cercanía. Varias naves enemigas han cambiado de rumbo en dirección a nuestras posiciones. Tiempo estimado de interceptación, cinco horas.

—Todo preparado para activar los escudos de reflejo —contestó por el microcomunicador. Lanzó una rápida mirada a Agapito, y se obligó a sonreír de un modo animoso—. Bueno, quizá no del todo a salvo.

La *Vengadora* partió junto a las otras dos naves de la flotilla. Las tres tomaron rumbos distintos para confundir y dispersar las estelas dejadas por los motores. Las otras dos naves, *Triunfo* y *Valor del Cuervo*, se dirigirían hacia los límites del sistema planetario antes de efectuar la traslación a la disformidad y comenzar el viaje de regreso al planeta natal de la legión, Deliverance. Corax ordenó a la *Vengadora* que se dirigiera hacia Isstvan IV, tanto para confundir a sus perseguidores como con la esperanza de reunirse con la pequeña flota de naves de Therion que Branne había enviado a la zona varios días antes para engañar a los traidores que tenían bloqueado Isstvan.

Había muy pocas esperanzas de que las naves del Ejército Imperial hubieran sobrevivido. Habían sido el último objetivo de la flota de los Devoradores de Mundos y diversas naves más. Con la legión y la flota de la Guardia del Cuervo al borde de la desaparición, cada nave y cada soldado era un activo valioso, y después de sopesar los riesgos y las ventajas, Corax decidió que merecía la pena dedicarle a la misión unos cuantos días si con ello conseguía aumentar un poco sus efectivos.

Branne lo había apoyado argumentando que la Guardia del Cuervo tenía una obligación con sus aliados y debía al menos intentar reagruparse con ellos. Además de que las naves de Therion serían un elemento militar valioso, también era importante dar un mensaje tras los desastrosos acontecimientos que se habían producido en Isstvan: que aquellos que se mantenían fieles al Emperador no serían abandonados a su suerte. Corax les había dejado bien claro a los comandantes que la *Vengadora* era una nave demasiado valiosa como para arriesgarla sin un buen motivo, por lo que la búsqueda sería corta. Si se corría el riesgo de ser descubiertos, la barcaza de combate interrumpiría de inmediato la búsqueda y se dirigiría a los límites del sistema para efectuar el salto a la disformidad.

Las naves de la Guardia del Cuervo activaron los escudos de reflejo en cuanto estuvieron lo suficientemente lejos de la superficie del planeta como para quedar a salvo de los disparos efectuados desde allí. Se trataba de una innovación creada en el planeta Kiavahr, alrededor del cual orbitaba la luna hogar de la Guardia del Cuervo. El escudo de reflejo era una modificación de los escudos de vacío que protegían a la mayoría de las naves de combate y a las instalaciones imperiales.

Un escudo de vacío funcionaba utilizando la energía de la propia disformidad para desviar los proyectiles. El escudo de reflejo actuaba cambiando la modulación de los núcleos de disformidad que proporcionaban energía a los escudos de vacío y los calibraba hasta que admitían una

mayor zona de tolerancia y los orientaba hacia adentro, por lo que la materia y la energía generadas por la nave quedaban redirigidas. Cualquier forma de radiación emitida por las naves de la Guardia del Cuervo quedaba desplazada, por lo que resultaban indetectables para los sensores de los equipos de exploración.

Las ventajas de la tecnología del escudo de reflejo se adecuaban muy bien a la clase de guerra que le gustaba librar a Corax, ya que permitía que las naves de combate de la Guardia del Cuervo se acercaran sin ser detectadas a sus objetivos para atacar con rapidez y contundencia antes de retirarse. La escasa necesidad de energía que requería el sistema implicaba que semejante sigilo se podía mantener de forma casi indefinida. Sin embargo, su uso acarrea un importante contratiempo. Al tener que emplear los generadores de los escudos de vacío en los escudos de reflejo, cualquier nave de la Guardia del Cuervo carecía de defensa contra los ataques físicos, y se tardaba bastante tiempo en pasar los generadores de un sistema a otro, por lo que la nave quedaba vulnerable durante bastantes minutos sin aquel campo de ocultación ni las defensas de energía operativas por completo, de ahí la rápida partida de la órbita del planeta.

A los augures y los sistemas de exploración de las bases y las naves traidoras les pareció que las naves de la Guardia del Cuervo se habían fundido con las estrellas. A simple vista habrían titilado durante unos instantes mientras los escudos de reflejo terminaban de activarse y apagaban la luz que se reflejaba en la superficie de los cascos, hasta que todas las emisiones de energía quedaron absorbidas y las naves se volvieron invisibles.

Otro de los problemas de los escudos de espejo, uno que Corax se había esforzado por arreglar durante muchos años sin lograrlo era el bajo nivel de energía que era capaz de compensar. Los reactores sólo podían funcionar a la mitad de potencia sin generar un exceso de energía que no se podía disipar, lo que provocaba una disminución de la velocidad máxima que se podía alcanzar y entorpecía el funcionamiento de los sensores de la nave. Así fue como, de forma lenta y medio a ciegas, la *Vengadora* se alejó de Isstvan V trazando un arco alrededor del planeta hasta que comenzó a dirigirse hacia su objetivo.

La nave no se dirigió directamente hacia Isstvan IV, ya que una de las doctrinas de combate de la legión era acercarse siempre al objetivo por un rumbo indirecto, así que la nave tomó una ruta en zigzag y menos directa utilizando una fórmula que había diseñado Corax para aprovechar al máximo el efecto amortiguador de los escudos de reflejo, lo sufi-



ciente como para engañar a cualquier perseguidor o sistema de sensores que tuviera la capacidad de detectarlos. Corax nunca estaba dispuesto a correr riesgos en lo que se refería a moverse con libertad y sin ser visto.

Pasarían varios días antes de que la *Vengadora* llegara a la distancia mínima para utilizar la reducida capacidad de sus sensores con Istvan IV. Corax aprovechó ese tiempo para revisar la organización de los restos supervivientes de su legión.

Incluidas las compañías de Branne, disponía de menos de cuatro mil legionarios de diversos rangos y especialidades. A la mayoría los había organizado en los Garras, compañías tácticas que quedaron bajo el mando de Agapito. Los supervivientes de las diversas escuadras de asalto, junto a numerosos veteranos enterrados dentro de los dreadnoughts, se habían agrupado en los Azores, bajo el mando de Aloni Tev. Por último, el puñado de escuadrones de motocicletas, de land speeders y dotaciones de naves que todavía quedaban fueron puestas bajo el mando del capitán Solaro An, y a las unidades se las denominó Halcones.

A dos días de distancia de Istvan V, Corax convocó una reunión con sus cuatro comandantes y les explicó la reorganización y el reparto de tareas que se producirían en cuanto la legión estuviera reunida de nuevo en Deliverance.

Los cinco se reunieron en los aposentos de Branne, que se los había cedido al primarca desde la llegada de éste a la nave. La estancia principal estaba decorada de forma sencilla, con las paredes de platiacero pintadas de color azul apagado, ocupadas sólo por una armadura y una estantería sobre la que normalmente colgaría el equipo personalizado del comandante, creado por artesanos armeros. En ese momento estaba vacío, ya que todos los legionarios de la fuerza superviviente se encontraban en permanente estado de disposición para el combate, por lo que incluso dormían con la armadura puesta y el bólter en las manos.

En el suelo había grabado un relieve del símbolo de la Guardia del Cuervo: un pájaro heráldico con las alas y las garras extendidas con una cadena enrollada alrededor. Sobre el símbolo habían colocado una mesa circular de un metal, con aspecto de bronce bruñido y el símbolo de la legión, y emisores de comunicación y pantallas de imagen para una docena de asistentes. En aquel momento, las pantallas eran simples placas de color gris apagado, con los emisores y los teclados desconectados mientras estuvieran activados los protocolos de navegación en silencio. Cada ápice de energía sin utilizar podía significar la diferencia entre permanecer ocultos y la detección.

Corax se encontraba de pie frente a las puertas dobles que conducían de vuelta al *estrategium*, inclinado hacia adelante y con las manos apoyadas en la mesa. Agapito y Aloni estaban sentados a su derecha, con Branne y Solaro a la izquierda. Al ser hermanos, Branne y Agapito se parecían más de lo habitual. Tenían la misma mandíbula cuadrada, frentes anchas y mejillas planas. Ambos procedían de la prisión de esclavos de Deliverance, y ni siquiera los implantes y la manipulación genética que los habían convertido en legionarios habían borrado por completo el aspecto enjuto y pálido de su piel. En Agapito destacaba la nueva cicatriz, pero eran los titubeos que en ocasiones aparecían en su mirada lo que indicaba con mayor claridad la terrible experiencia que había sufrido durante la masacre de la zona de desembarco.

Solaro era el más joven de todos, y no era más que un niño cuando Corax liberó a Deliverance del dominio tiránico de los caudillos de Kivahran. Era de tez pálida, como el primarca, con la nariz aguileña y labios finos, y siempre parecía estar en constante movimiento. Los dedos del guantelete no dejaban de tabalear y repiquetear sobre la mesa incluso mientras escuchaba a su primarca.

Aloni era el de mayor edad de todos ellos, y tenía una complexión completamente distinta. Había nacido en las llanuras de polvo de Asiática, en Terra, y su piel era más oscura que la de los demás. Sus ojos mostraban una estrechez y una inclinación que no era habitual en los nativos de Lycaeus. Llevaba la cabeza afeitada, con numerosas tachuelas de servicio incrustadas en el cráneo.

—¿Y cuál será mi cometido, lord Corax? —le preguntó Branne cuando se dio cuenta de que no le habían asignado ningún mando específico.

—Serás el comandante de los reclutas —le informó Corax.

—¿De los reclutas? —Branne no ocultó su decepción—. De no haber sido por una casualidad, hubiera sido yo quien habría estado con vos en Isstvan, y Aloni o Agapito hubieran tenido que quedarse con la guarnición en Deliverance. Preferiría un mando de combate, mi señor.

—Y lo tienes —le contestó el primarca, quien se inclinó hacia adelante para ponerle una mano en la hombrera—. Horus y sus aliados traidores no nos van a permitir el lujo de mantener a nuestros reclutas apartados del combate durante mucho tiempo.

—Con el debido respeto, no me siento preparado para simplemente dirigir las escuadras de exploradores —insistió Branne.

Le dolía discutir con su primarca, y temió que quizá fuera el orgullo el que guiara sus palabras, pero en los escasos dos días que habían transcu-

rrido desde la operación de rescate, incluso él se había dado cuenta de que existía una diferencia creciente entre los que habían estado en Istsvan V y los que no. La legión antaño había estado unida por las experiencias comunes, pero ahora parecía que la matanza y la huida habían creado un vínculo más fuerte que la propia pertenencia a la legión, un vínculo que no compartían Branne y sus guerreros. Quería demostrar que valía lo mismo que sus iguales, y la idea de que lo dejaran otra vez en Deliverance para organizar a los reclutas le agrió el estado de ánimo.

—Quizá podría ser el capitán de vuestra guardia —añadió Branne—. Desde que Arendi murió en la zona de desembarco no habéis nombrado a un sucesor.

Oyó las risas de los demás comandantes al compartir algo divertido que él desconocía. Le escoció sentirse tan aislado de sus camaradas.

—Ya no dispongo de la parafernalia de una guardia de honor —le explicó Corax con amabilidad. El primarca se irguió y fijó su mirada penetrante y oscura en el comandante, quien esperaba una reprimenda por su testarudez, pero en vez de eso, Corax sonrió levemente—. Es a ti a quien le concedo el mayor honor, Branne. Como recompensa por acudir en nuestro rescate, voy a encomendarte la reconstrucción de nuestra legión. No existe ahora mismo tarea más importante que ésta que pueda entregarte. Tendrás en tus manos el futuro de la Guardia del Cuervo.

Branne consideró todo aquello durante unos momentos, con la autoconfianza algo recuperada tras las palabras de Corax. Miró a los demás y vio que hacían gestos de asentimiento para mostrar que estaban de acuerdo con el primarca, y en sus rostros se reflejaba la sinceridad.

—Acepto el honor, mi señor, por supuesto —contestó Branne al mismo tiempo que inclinaba la cabeza. Luego murmuró como para sí mismo—: Pero... ¿correr por ahí con los exploradores?

—Ya no habrá exploradores —declaró Corax, cuyo agudo sentido del oído le permitió captar con claridad lo que había murmurado Branne—. Las escuadras de exploradores que aún existen se convertirán en parte de las fuerzas de reconocimiento de Solaro. A cualquiera de ellos que se encuentre cerca de la iniciación completa se le entregará la armadura negra y se unirá a los Garras. Tus reclutas tendrán que aprender a combatir como guerreros completos desde el principio. No disponemos de años para entrenarlos poco a poco.

Aquello animó todavía más a Branne, y empezó a sentirse satisfecho con la tarea encomendada. La reunión pasó a tratar otros asuntos, incluida la necesidad de recuperar las reservas de armas y munición de la legión,

además del número de guerreros. Haría falta realizar un recuento completo de todas las armaduras, armas, vehículos y naves para evaluar hasta qué punto las garras de la Guardia del Cuervo habían quedado romas.

—¿Qué hay del resto de la flota? —preguntó Solaro, mirando a Branne—. ¿Alguna señal de que alguna de nuestras naves haya logrado escapar?

—Es poco probable —le contestó Branne—. Quizá unas pocas hayan conseguido huir, pero no tendría muchas esperanzas al respecto. No hemos detectado ninguna transmisión, aunque también es cierto que cualquier nave de la Guardia del Cuervo estaría manteniendo silencio en las comunicaciones para cuando nosotros llegamos.

—Lo que es indudable es que la *Sombra del Emperador* quedó destruida, junto a su flotilla de escolta —apuntó Corax, refiriéndose a la nave insignia de la flota—. Recibí su señal de zafarrancho de combate y de petición de ayuda cuando los traidores abrieron fuego. Las comunicaciones se interrumpieron a los pocos minutos, demasiado pronto como para que se activaran los escudos de reflejo, que frente a semejante superioridad numérica habrían sido la única defensa posible.

Un silencio siguió a aquella declaración, unos momentos tensos provocados por la mención del acto de traición cometido por Horus y las legiones que se habían puesto de su lado. Branne vio que Agapito se encorbaba de un modo inconsciente y su mirada se quedaba en blanco. Solaro apretó los puños, mientras que Aloni inclinó la cabeza y cerró los ojos en un gesto contemplativo.

—Los caídos serán vengados.

Corax sólo musitó aquellas palabras, pero las pronunció con tanta vehemencia que Branne no dudó ni por un instante de la voluntad de su primarca.

El tintineo de la puerta interrumpió el ambiente cargado de tensión de la estancia. Corax activó un control y las puertas dobles se abrieron para dejar a la vista a un tripulante humano de la nave, que llevaba una chaqueta blanca y unos pantalones negros. Tenía en la mano una placa digital. Incluso el sistema de comunicación interno de la *Vengadora* estaba apagado para ahorrar energía, por lo que se utilizaba a los siervos y miembros de la tripulación más en forma como mensajeros para transmitir las órdenes y las instrucciones por toda la barcaza de combate.

—Disculpad la intrusión, mi señor, comandantes, pero la controladora Ephrenia comunica que Isstvan IV ya se encuentra dentro del alcance nominal de los sensores.

—Entendido. Dile a Ephrenia que desvíe el veinte por ciento de la

capacidad de los motores a los sistemas de exploración, y que me reuniré con ella dentro de poco.

El tripulante hizo una reverencia y dejó a los comandantes a solas con el primarca.

—Alguien debería informar a Marcus —comentó Branne.

—¿Marcus? —inquirió Corax.

—El prefecto Valerius —le explicó Branne—. El comandante de los Therion. Fueron sus naves y sus soldados los que envié a Isstvan IV.

Branne no comentó que también habían sido los extraños sueños de Valerius los que le habían llevado a poner rumbo hacia el sistema Isstvan y desobedecer la orden del primarca de mantener la guarnición de Deliverance. Todo aquel asunto había resultado muy inquietante para Branne, y estaba deseando poder discutirlo con el primarca en privado. Sin embargo, todavía no se había producido la oportunidad.

—Sea como dices —le respondió Corax, indicándole que saliera antes que él—. Informa al prefecto de que disponemos de siete horas para realizar un barrido en busca de sus naves, pero únicamente ese tiempo. Dile que será bienvenido al *estrategium* para acompañarme durante la operación.

Branne hizo un gesto de asentimiento y salió de la estancia antes que los demás. Tres jóvenes, dos chicos y una chica, se encontraban pegados a una de las paredes del pasillo exterior. Iban vestidos con una camisa y unos pantalones lisos. Branne hizo un gesto a uno de ellos para que se acercara.

—Llévale un mensaje al prefecto Valerius. Pídele... —Branne se calló de repente—. No importa. Lo veré personalmente. Vuelve a tu puesto.

El comandante se volvió hacia la popa y comenzó a alejarse con paso decidido mientras los demás salían de la estancia. Tendría que contarle a lord Corax lo de los sueños, y tendría que hacerlo pronto, pero sería mejor que Valerius no dijera nada al respecto todavía. Cuando ya se hubieran alejado de Isstvan y la situación fuese más tranquila, los dos podrían tratar aquel asunto tan espinoso.